

Juan Uribe Echevarría

## Quevedos americanos

(Especial para «Atenea»)



E los numerosos ingenios españoles del Siglo de Oro son dos poetas enemigos, Góngora y Quevedo quienes mayor número de discípulos y continuadores tuvieron en América. Pese a la enconada polémica entre cultistas y conceptistas que los dividió, se trata de dos poetas hermanos en la expresión satírica. ¿Podría alguien establecer alguna grave diferencia de forma o intención cuando se compara las letrillas de ambos, por ejemplo, las que dedican a la crítica del poder del dinero? («Dinero son calidad») (G) y «Poderoso don dinero» (Q). Si las diferencias son considerables en otros aspectos de sus respectivas obras poéticas, se hermanan en el cultivo de la musa popular y en el ardor polémico. Duro es el látigo de Quevedo, pero no por menos repetido es el de Góngora menos temible. Pocos son los poetas americanos que al descubrirseles la influencia gongorina no den pie para una igual relación con Quevedo. Es el caso de la insigne Sor Juana Inés de la Cruz, en México.

Por ser cantores de ambientes ciudadanos y de temas negros y mulatos— «Por una negra señora» (G) y «Bodas de negros» (Q)—tenían declive a lo americano. En la América niña nacían rápidamente nuevas ciudades y poblaciones mezcladas y pintorescas que exigían el poeta burlesco y regocijado, o al poeta censor.

Es de algún interés recordar con ocasión del tricentenario de Quevedo a los poetas de su vena en Iberoamérica. Y empezando por Chile debemos señalar al famoso padre López, Francisco de Borja de López Guerra, el Quevedo chileno, como lo llamaban sus contemporáneos.

Nacido por los años de 1770 a 1775 y, muerto, posiblemente en 1847, el padre López llevó—como Matos Guerra, en el Brasil—una vida muy bien repartida entre Dios y el diablo. Algunos percances amorosos lo hicieron padre dominico. Curado el corazón y aunque pujante la vitalidad el padre López amenizó con sus díceres y versos, muchas tertulias santiaguinas y coquimbanas. De su rabia contra los jesuitas se han popularizado los versos siguientes:

Tres cuartos para las tres  
ha dado el reloj vecino;  
y lo que me admira es  
que siendo reloj teatino,  
dé cuartos sin interés.

Sus controversias epistolares, a verso pelado, con el cura coquimbano, Clemente Morán, es uno de los buenos documentos literarios de la época. Por desgracia sólo conocemos la respuesta del padre López y no podemos hacerle justicia al cura Morán. Don Adolfo Valderrama trae algunos de estos versos en su «Bosquejo histórico de la poesía chilena»:

Morán por desengañarte  
movido de caridad  
pretendo con claridad  
el evangelio cantarte.  
No hay en este mundo parte  
que no sepa tu simpleza  
ya no hay estrado ni mesa  
donde no se hable de ti  
pues no se ha visto hasta aquí  
tan trabucada cabeza.

¿No es locura estar clemente  
cual Diógenes encerrado  
en un vinajón quedado  
sin comunicar con gente?  
miserable penitente,  
¡oh! que poco te aprovecha  
pasar vida tan estrecha  
sin ser por el Dios eterno!  
En fin allá en el infierno  
te harán aguantar la mecha.

Si a los mandamientos vas  
a ver cuál has quebrantado  
del sexto te habrás librado  
pero no de los demás  
de día y de noche estás  
como león devorador  
jamás hablas en favor  
de ninguno que aquí viene,  
y muy poco de Dios tiene  
hombre que es murmurador.  
Un hombre que no se sabe  
si es seglar o monigote  
indefinible pegote  
en quien todo refrán cabe  
que no es paz, bruto ni ave,  
trago, fantasma, ni duende  
en fin, uno que pretende  
sólo como el can morder  
¿quién diablos lo ha de entender  
cuando él mismo no se entiende?

No te dije mano envuelto  
que a Coquimbo llenaría  
de versos el mismo día  
que me escribieras resuelto?  
de mí no has de estar absuelto  
si no me pides perdón  
si no haces intención

a dejarme de escribir  
pues es poco tu decir  
para hacerme oposición.

#### A UN SACRISTAN GOTOSO

Capón, gotoso, procura,  
curarte, que no es razón,  
que el cura tenga capón  
y el capón no tenga cura;  
y si la gota te apura  
ven a mi pescuezo y nota  
que ya esta pequeña bota  
entre yo y mi compañero  
sólo a fuerza de gargüero  
la hemos dejado sin gota.

Otros repentistas satíricos de nuestra literatura fueron el agustino Manuel Oteíza (1753) y Lorenzo Mujica, capitán de artillería, amigo de D. José Miguel Carrera, de quien se han salvado escasas muestras de su ingenio, como aquella improvisación sobre el pie forzado. «Salero sin sal si no».

D. José Toribio Medina recoge en su «Historia de la Literatura Colonial de Chile», la polémica literaria entre el fraile Pando y una monja literata y sermoneadora. La composición del fraile Pando lleva el siguiente título: «Parabién a un sermón que se predicó a una maturranga que toda es una ganga»:

«Vide un sermón que me dicen  
Predicó María Teresa,  
Y no me admira el que fuese  
Por ser ella buena pieza.

. . . . .  
Al síndico y capellán  
los dejastes aplastados  
con decirle las verdades  
delante de sus prelados.

. . . . .  
Mulass, borricos y gallos  
las ovejas y pastores  
los sacastes a pastear  
delante de los señores».

La monja supo contestar llamándolo entre otras cosas «fraile renacuajo».

«El que sea motilona  
no me quita tener gracia  
para suplir aunque sea  
en burlesco nuestra falta.

. . . . .  
El salto fué menester  
y tú por gallina enana  
te quedastes empollando  
sabandijas en la cama».

Alfonso Reyes exhibe en sus «Capítulos de la Literatura Española» (primera serie) la extraordinaria figura de Mateo Rosas de Oquendo, notable poeta y aventurero español que vivió en Panamá, México y Perú. En este caso no podemos hablar de una influencia quevedesca ya que fueron contemporáneos y aún es posible que Rosas de Oquendo o Juan Sánchez, como también se hacía llamar, escribiera alguna de sus sátiras antes que el propio D. Francisco. Así su sátira «A las cosas que pasan en el Pirú» (1598). La obra poética de Rosas de Oquendo y la posterior de Concoloncorvo «El lazarillo de Ciegos Caminantes», en prosa, constituyen documentos inapreciables para los sociólogos preocupados de la vida colonial en América.

Sobresale Rosas de Oquendo en la visión pintoresca de las ciudades virreinales y en los oficios y trapacerías de sus habitantes:

«Al fin llegué a Panamá  
si ve «Los Diablos la Blanca»  
tanto qué, por no tenella  
era mi cama unas tablas.  
Pero la necesidad  
como el ingenio adelgaza,  
valióme la poesía  
conque comí dos semanas.  
Porque hallé un boticario  
tan rendido a una mulata  
Que volví la nieve fuego  
con hacerle dos octavas».

En su «Sátira del Perú», Rosas de Oquendo al despedirse, pide que todos dejen sus oficios y acudan a escucharlo. Pasa revista a las sabrosas providencias para vivir que usaban las limeñas.

«Unas hilan plata y oro  
otras hay que adoban guantes,  
otras viven de costura,  
otras de puntas y encajes,  
otras de pegar botones,  
y otras de hacer ojales.

Otras hay que hacen pastillas,  
pebeteros y ciriales,  
otras ensalman criaturas,  
otras curan mal de madre,  
otras hay que toman puntos,  
otras labran solimanes,  
otras hay que hacen turrón  
para vender en las calles;

. . . . .

Otras componen copetes,  
otras hacen almirantes,  
otras hacen arandelas  
de pita, plata y alambre.

. . . . .

otras chicha de maíz,  
otras que venden tamales,  
otras polvos para dientes

otras que ponen lunares,  
 otras que zurcen costuras  
 descosidas por mil partes».

Rosas de Oquendo, al igual que Caviedes, aunque españoles de origen, se sentían americanos y participaban de la tirria de los criollos contra los peninsulares que llegaban a explotar altos cargos y pretendían ser nobles.

.....  
 Y en las playas del Perú  
 ¡Qué de bastardos que pare!  
 ¡qué de Pero Sánchez Dones!  
 ¡qué de dones Pero Sánchez!  
 ¡qué de Hurtados y Pachecos!  
 ¡qué de Henríquez y Guzmanes!

.....  
 Todos son hidalgos finos  
 de conocidos solares  
 no vienen acá Juan Muñoz  
 Diego Xil y Pero Sánchez.  
 No vienen hombres humildes  
 ni judíos ni oficiales,  
 sino todos caballeros  
 y personas principales».

Rosas de Oquendo, que según humilde confesión «tenía diez heridas mortales y ninguna de las diez era señal heroica», deja en versos el código de su vida pícarasca:

«Yo del retablo del mundo  
adoré la falsa imagen

. . . . .

Fuí con franceses, francés  
Alemán, con alemanes;  
consideré las estrellas  
desentrañé minerales»,

Notable por todos los aspectos es su «Soneto a Lima del Perú» que sirve como retrato de todas las capitales americanas de aquel tiempo y algunas de ahora:

«Un Virrey con treinta alabarderos;  
por hanegas medidos los letrados;  
clérigos ordenantes y ordenados;  
Vagamundos, pelones, caballeros.  
Jugadores sin número y coimeros;  
mercaderes del aire levantados;  
alguaciles-ladrones muy cursados;  
las esquinas tomadas de pulperos.  
Poetas mil de escaso entendimiento;  
cortesanas de honra a lo borrado;  
de cucos y cuquillos más de un cuento.  
De rábanos y coles lleno el bato;  
el sol turbado, pardo el nacimiento  
apuesta es Lima y su ordinario trato».

Juan del Valle Caviedes, el poeta colonial peruano, ha sido estudiado por el argentino Juan María Gutiérrez y también por Ricardo Palma, Manuel Odriozola, L. A. Sánchez y Luis Fabio Xamar. Siempre se le tuvo por peruano de nacimiento pero en 1937, Guillermo Lohmann Villena, descubrió su partida de matrimonio fechada el 15 de marzo de 1671, en la cual declara ser natural de la villa de Porcuna en Andalucía.

En su testamento, Caviedes vuelve a declararse andaluz de origen. Limeño de adopción, buen poeta lírico y también autor dramático según las recientes investigaciones de Lohmann Villena, Caviedes es el gran poeta satírico del virreinato del Perú.

De su furia contra los médicos coloniales que le amargaron la vida y no supieron curarle algunas patadas de Venus, Caviedes obtuvo el material para sus composiciones satíricas. El título de la obra que reúne su producción burlesca es largo y complicado: «Diente del Parnaso, Guerras físicas, Proezas medicinales. Hazñas de ignorancia, sacadas a luz por D. Juan del Valle Caviedes, enfermo que milagrosamente escapó de los errores de los médicos por la protección del glorioso San Roque, abogado contra los médicos o contra la peste que tanto mata. Dédicalo su autor a la Muerte, emperatriz de médicos a cuyo augusto cetro le feudan vidas y tributan saludes en el tesoro de muertos y enfermos».

«A un doctor de anteojos»:

«Con imprudentes arrojós  
partos no pronostiquéis  
que en preñados no entendéis  
teniendo tantos anteojos.

Se engañaron vuestros ojos  
que son discursos menguados  
cuantos hacéis, y abobados  
de barrigas sin compás,  
pues de ellos entendéis más  
que de pájaros preñados».

. . . , . . . . .

«Al Doctor corcobado»

«Mono de la medicina  
jimio de los curanderos  
espantajo de barberos  
médico de melecina  
con más comba que bocina  
que esa tu corcova encierra;  
también en los versos yerra  
como en curar tu opinión,  
pues no es bien tire a traición  
quien es hecho en buena guerra».

. . . . .

«Contra los españoles, (Caballeros Chanflones)

.....  
 Advirtióles aquí que, en la patraña,  
 el que fuera de España  
 dé a su nobleza aumento  
 en un ciento por ciento,  
 porque en larga distancia  
 se emplean las mentiras a ganancia.  
 .....

Gregorio de Matos Guerra (1623-1695) es el padre de la poesía brasileña y su más grande poeta satírico. Nació en Bahía, hizo sus estudios en Portugal (Coimbra) donde desempeñó el cargo de juez de huérfanos y ausentes. Lo atroz de su sátira le valió el apodo de «Boca de infierno». Vuelto a su tierra natal llevó en Bahía una vida desesperada y picaresca. Gregorio de Matos da la visión exacta de algunas ciudades brasileñas del siglo XVII como Bahía y Pernambuco. De igual manera que Rosas de Oquendo y Caviedes critica con igual violencia a los peninsulares y a sus compatriotas. Se han hecho famosas sus sátiras contra los gobernadores portugueses y los mulatos. Matos sigue muy de cerca a Quevedo y hasta le copia versos:

«¿De qué puede servir callar a quien calla?»  
 ¿Nunca se ha de hablar lo que se siente?  
 ¿Siempre se ha de sentir lo que se habla?

¿Qué hombre puede haber tan paciente  
que viendo el triste estado de Bahía  
No llore, no suspire y se lamente?

Contra los portugueses:

«Que los brasileños son bestias  
Y estarán para trabajar  
toda la vida, por mantener  
negreros de Portugal.

.....  
En el Brasil la hidalguía  
En la buena sangre nunca está  
Ni en el buen procedimiento  
Pues luego, ¿en qué puede estar?

.....  
Consiste en mucho dinero  
y consiste en lo guardar  
cada uno a guardar bien  
para tener que gastar mal.

Consiste en darlo a negreros  
que lo sepan lisonjear  
diciendo que es descendiente  
de la casa de Villa Real.

En sus milagros de Brasil, Matos zahiere a los mulatos:

«Un blanco muy encogido  
un mulato muy osado  
un blanco todo cuitado  
un perro todo atrevido;  
el saber muy abatido  
la ignorancia es ignorante  
muy ufana y muy farsante  
sin pena o contradicción  
milagros del Brasil son».

Mucho más se podría escribir de Matos, pero quedará para mejor ocasión. Si Quevedo fustigó los vicios de la metrópoli, sus correspondientes y continuadores literarios completaron esa labor en América, afrontando la realidad con insatisfacción y sin complacencia, o sea, en el más puro estilo ibérico.